

CONVERSACIONES DE VIAJE.

LUIS M. MANSILLA Y EMILIO TUÑÓN.

Imagen de la primera página: Refugiados de la sequía de Abilene, Texas, Agosto de 1936. Dorothea Lange.



Tokio, julio 2002

Es un rascacielos de Tokio como tantos otros, y a él nos acercamos distraídos, quizás cansados. Ya es de noche. Los embajadores nos conducen por un lobby a estas horas desierto hasta unos grandes ascensores. Piso 30, piso 40, piso 50. Las grandes puertas de acero inoxidable se abren lentamente y dejan aparecer, como quien corre la cortina de un teatro...; Dos grandes lienzos de Le Corbusier! Y, según avanza, toda una colección personal de objetos relacionados con él: aquí otro par de cuadros grandes, allí la maqueta de escayola de Ronchamp, una estantería con sus libros, apuntes y dibujos, el poema del ángulo recto, una colección de fotografías...se hace extraño ver a Le Corbusier sobre la nieve, abrigado hasta el cuello, con una expresión feliz. La nieve, que todo lo iguala, y lo silencia. Es el club privado del señor Mori, un admirador discreto, que guarda sus tesoros para sus amigos. Sobre la mesa, los cocineros exhiben su diminuta esgrima preparando el tepanyaki, y uno se queda paralizado cuando

harían los agrimensores. Con una ley geométrica se podría casi pensar en una tela trenzada o enhebrada, donde con una tijeras se recorta un fragmento de la ley. Así, los edificios podrían crecer o disminuir, alterar su escala, ser mas quebradizos o dulces, pero el carácter del edificio, o por decirlo de otro modo, su modo de organización no cambiaría. Ahora bien, para que un conjunto de piezas se manifieste como tal, sin manejar distintos tamaños, hay que eludir la ortogonalidad, porque acaba siendo continua. Viendo estos campos, en ellos aparece el perímetro como algo expresivo, por las ondulaciones del terreno, y de repente nos damos cuenta de que lo interesante sería explorar la capacidad expresiva del orden, imponiendo unas leyes muy rígidas sobre una retícula no-ortogonal. Y nos viene a la memoria los pavimentos romanos (al fin y al cabo, León es una ciudad de fundación romana) donde se combina sólo un cuadrado y un rombo, y uno puede escoger las piezas que quiera, recortar su perímetro o modificar su escala, como si construyendo con estas retículas expresivas uno apenas dispusiera un tablero de juego, donde la partida está por empezar. Una partida en la que, a pesar de tener reglas muy estrictas, como por ejemplo, en el ajedrez, las jugadas pueden ser infinitas, una situación en la que lo atractivo es hacer de cada espacio un lugar diferente. Como esas maravillosas pinturas de San Isidoro, donde lo cotidiano entra por primera vez en lo sagrado, y se representan en los techos doce espacios, con los doce meses del año a través del trabajo y las diversiones de los hombres y las mujeres...en uno de ellos, están labrando el campo.

El presente texto es un fragmento del artículo del mismo nombre publicado en Nexus, Revista 2G, número 27, Barcelona, 2003.

Carlomagno. Y cuando todos se van -él tiene su secreto, como todos los niños- sube al deambulatorio superior, y se sienta en el trono de Carlomagno. Porque no le gusta esa profusión de decoración, ni esas columnas falsas bajo los arcos que nada sostienen -por eso pudo llevarse Napoleón un par de ellas, para dar lustre a su coronación. A él le gusta ese trono hermoso, sencillo y desmontable para viajar por el mundo, hecho con cuatro piezas limpias trabadas con grapas metálicas en sus esquinas, cuatro piezas planas y lechosas, arrancadas del templo de Salomón. Su mano resbala sobre la piedra lateral derecha y las yemas de los dedos reconocen, apenas grabado, un tablero de juego romano en forma de aspa. Y por un instante esas cuatro piezas se vuelven porosas y absorben la historia, la imaginación, incluso nuestras vanas ilusiones, y despiertan la fascinación por la capacidad de la materia para contener, como si fueran vasijas, una visión del mundo.

León, mayo 2003

Para llegar a León se atraviesan campos extensos y deshabitados, la región mas despoblada de Europa. Cuando comienzan a surcarlos con el arado aparece un extraño orden, y por irregulares que sean los terrenos, parecen siempre naturales. No importa su perímetro, lo que importa es que hay una ley, una distancia entre surcos que peina la naturaleza. Hace años ya, construyendo el Museo de Zamora, nos gustaba imaginar su cubierta como un campo de lucernarios, como un campo arado de los que se vén más allá.

Siempre hemos pensado, viendo estos campos, que sería interesante hacer un edificio en el que no importara su perímetro, y que dibujara el terreno con la misma ingenuidad y exactitud con que lo

le ofrecen una hermosa bandeja con distintos cuencos para el sake caliente, como si la vida pudiera depender de una elección que el ritual convierte en trascendente y misteriosa. Enfrente de la pared, sobre unas estanterías, alineados, cuencos y cazuelas justo después de atravesar la frontera de la elegancia. Y detrás de ellas, unos enormes cristales a través de los cuales aparece un Tokio distinto, vivo, de colores y letreros luminosos cambiantes, como si su verdadero perfil estuviera diseñado para ser visto de noche. Queda ya lejos el Elogio de las Sombras, de Tanizaki.

Los jardines del templo Yo-Yogui se extienden casi desde la salida del tren, con una extraña continuidad. En un recodo, pasas a través de un bosque sombrío y de repente se abre un hermoso valle artificial y minúsculo, un valle-bonsai, lleno de nenúfares. Un poco más allá, el valle se estrecha y se alarga, y aparecen oncemil clases de Iris, de todos los colores, que se van turnando para abrirse y desplegarse. Y a su lado -es el festival de los Iris-, oncemil japoneses dibujan las flores en grandes cuadernos. Miran fijamente, apasionados, intentando atrapar un pedazo de la vida, y dibujan despacio, como si crecieran sus dibujos con la misma lentitud que las plantas, fascinados por la naturaleza. En su apasionada lentitud, quizás se sienten ellos mismos flores, o al menos, un trozo de la naturaleza.

Cartagena de Indias, septiembre 2002

A veces se recuerdan viajes narrados como si fueran propios, o al menos los envuelven el olor de lo escuchado, y se visten de sensaciones ajenas -Recordamos de Chandigarh no sólo el viaje que hicimos, sino también una boda hindú colorista y perfumada que un amigo nos relató y nosotros casi vivimos. ¿Cómo no recordar, al

llegar a Cartagena de Indias, esa noche errante que describe con el estómago Gabriel García Márquez? Ya entonces se lo advierte un transeúnte: "Aquí todo es diferente, compadre" Y vaya si lo es. Uno puede sumergirse en plena tormenta tropical y bucear en esas aguas calientes del Caribe, donde los peces son tan extraños que uno cree estar viéndolos a través de la televisión. Y cuando saca la cabeza hay olas en movimiento y una tromba de agua cayendo que te advierten que durará sólo unos minutos. Luego el viento arrastra las nubes y un sol poderoso -aquel que debió sufrir el primer naufrago de García Márquez- aplasta el aire y el horizonte deja de ser una línea plana para delatar la esfericidad de la tierra.

La vida cae a chorros, como el agua, y los colores son tan intensos que parecen vidrios. Gabito -así se llamaba entonces-, acaba de hacerse adulto: leyendo a Kafka se ve a sí mismo no ya en la tierra de Las Mil y Una noches, donde el mundo está lleno de posibles, sino en el mundo de Las Metamorfosis, donde la vida se ha disfrazado de pérdida, de imposibilidad. Pero nosotros, escapados del congreso de arquitectura, volvemos al día siguiente, rodeando las murallas y atravesando Bocachica, a ese mundo increíble, submarino, a perseguir al geométrico pez cofre, a acariciar los corales verdirrojos, a dejarte llevar por calambrosas manadas de minúsculos peces electrificados, porque viendo la naturaleza, su terca persistencia, su exagerada variabilidad el mundo vuelve a parecer el mundo de lo posible, el mundo de las Mil y Una Noches, donde todavía podemos imaginar otro mundo...y volvemos en el avión pensando que estaría bien hacer los proyectos como la naturaleza hace las cosas, con estructuras rígidas que no se permite modificar, pero cuya vida, cuya

capacidad de además ser diversas se abren como abanicos...si los proyectos pudieran ser como la naturaleza, no en su forma -ese organicismo no nos interesa-, sino en su modo de producción, en su modo de hacerse. Estaría bien, porque ya no serían nuestros.

Aquisgrán, enero 2003

En las afueras de Aquisgrán se encuentra el Monasterio benedictino de Vaals. El coche queda un poco abajo, y hay que ascender unos metros. Como si la vida cuajara a veces apenas en unos instantes, al recorrer ese trecho sentimos la nieve cayendo con la misma precisa lentitud con que andamos, y nos sentimos una parte de la tierra. Y la vida coge forma de adivinanza, de algo inminente que nunca llegará a suceder, para entrar en este lugar ausente del tiempo. El ladrillo pintado con naturalidad, la madera cogiendo el mismo tono grisáceo, el hormigón claro, como si todos los materiales quisieran ser lo mismo, y sólo al rato descubres los matices. Un espacio rugoso y táctil, pero casi invisible, que construyó el monje benedictino Van der Laan con una rigurosa austeridad. Durante las vísperas -también imaginó los hábitos y el ritual- los monjes cantan, y se levantan y agachan la cabeza, dando vida a un espacio que está fundamentalmente lleno por la oración, y quizás, en las mañanas claras, por una luz maciza que hace visible, como cuando se iluminan las motas de polvo, nuestros pensamientos.

De vuelta a la ciudad, nadie quiso confirmarnos si Mies van der Rohe había sido monaguillo en la Capilla Palatina...pero no cuesta nada imaginarle, como sostiene la leyenda, deambulando entre esos inmensos mármoles plumeados, dejándose ver en el espacio limpio y traslúcido que se construyó para conmemorar la santificación a